

VIII Domingo del Tiempo Ordinario C

La viga y la pelusa

Dijo Jesús: ¿Cómo puedes decir a tu hermano: Deja que te saque la pelusa de tu ojo y no ves la viga del tuyo? San Lucas, cap. 6.

Alguien publicó hace poco un pequeño libro, titulado "Manual de Relaciones Humanas": Treinta y seis páginas en blanco muy bien encuadradas. Sólo que al final de cada una se lee en letra pequeña: "A nadie le gusta que le molesten".

El Evangelio podría estudiarse cómo un manual de relaciones humanas. Un tratado, en el cual Jesús nos enseña cómo amar a los demás, cómo procurar su bien. De qué modo crecer comunitariamente.

En muchos pasajes, el Maestro nos entrega esta enseñanza positiva: Trata a los demás cómo tú deseas ser tratado, o sea, ama al otro cómo a tí mismo.

En el capítulo 6 de San Lucas leemos: "¿Por qué te fijas en la pelusa que tiene tu hermano en el ojo y no ves la viga que tienes en el tuyo?"

Sin embargo, frente a esta palabra del Señor, nos preguntamos: ¿Cómo entonces corregir al hermano? Si tengo el ministerio de la autoridad, ¿cómo ejercerlo sin que la caridad fraterna se resienta?

El mismo texto de San Lucas nos responde: Cuando me vea obligado a corregir, tendré presente que se trata de un hermano. Esta palabra se repite allí cuatro veces en sólo ocho líneas.

Se trata de alguien, a quien es preciso llegar por el amor, más que por el análisis de su conducta.

De ahí que la corrección, las palabras escogidas, el tono de la voz, el momento oportuno deben significar respeto y aprecio por el otro. Deben nacer del cariño, de la confianza en que el otro nos va a escuchar y va a enmendarse.

No puede ser entonces la corrección un mero desahogo de nuestra impaciencia o el cumplimiento áspero y estéril de un deber. Recordemos: Se trata de un hermano.

De otro lado, quienes ocupan puestos de autoridad apliquen la palabra del Señor: Saca primero la viga de tu propio ojo y entonces verás con claridad y podrás sacar la pelusa del ojo del hermano.

Si deseamos que los demás se corrijan y crezcan, entonces vigilemos minuciosamente nuestro proceder. Madrugemos a cumplir los propios deberes.

Corrijamos nuestros defectos para que la conducta del hermano no sea consecuencia de nuestro mal obrar.

Mantengamos un subconsciente sano. Muchas veces la prevención inconsciente contra alguno, nos condiciona frente al prójimo y además, contamina lamentablemente nuestra imaginación. Nos hace suponer en el otro intenciones y actitudes que no son suyas. Tan sólo afloraban en nuestro interior.

En fin, para crear una comunidad según el Evangelio, conviene usar a diario una gran dosis de humildad. Porque todos somos pequeños, pecadores, imperfectos.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y